



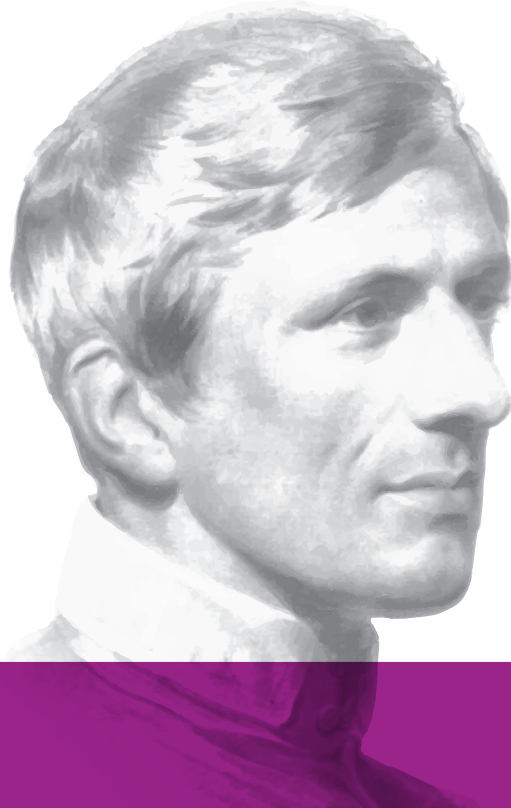
JOHN HENRY
NEWMAN



SERMONES
PARROQUIALES

- 5 -

Parochial and Plain Sermons



Sermones parroquiales / 5



100XUNO



Retrato de John Henry Newman pintado por Sir William Charles Ross en el año de su conversión, 1845.

John Henry Newman

Sermones parroquiales / 5

*Traducción de Víctor García Ruiz
con Santiago González y Fernández-Corugedo*

Introducción de Víctor García Ruiz



Título en idioma original: *Parochial and Plain Sermons*

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2025

© de la Introducción: Víctor García Ruiz

© de la traducción: Víctor García Ruiz con Santiago

González y Fernández-Corugedo

Nueva edición corregida



Universidad
Pontificia
de Salamanca

Este libro se ha editado gracias a la colaboración de la «Cátedra San John Henry Newman», de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, patrocinada por el Real Colegio Inglés (Valladolid) y el Real Colegio Escocés (Salamanca). La Cátedra tiene como objetivo favorecer el estudio de la figura y los escritos de su titular.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 164

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-281-3

ISBN de colección: 978-84-1339-285-1

Depósito Legal: M-10989-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción	
AL CIELO DE ESPALDAS: <i>BEATUS ILLE</i>	11
Tabla de abreviaturas.....	23
SERMONES PARROQUIALES / 5.....	27
Sermón 1	
EL CULTO NOS PREPARA PARA LA VENIDA DE CRISTO.....	29
[n. 522 2 de diciembre de 1838]	
« <i>Tus ojos contemplarán al rey en su esplendor, verán el país en toda su extensión</i> » (Is 33,17) Adviento	
Sermón 2	
LA REVERENCIA ES FE EN LA PRESENCIA DE DIOS.....	39
[n. 519 4 de noviembre de 1838]	
« <i>Tus ojos contemplarán al rey en su esplendor, verán el país en toda su extensión</i> » (Is 33,17)	
Sermón 3	
PALABRAS IRREALES.....	53
[n. 537 2 de junio de 1839]	
« <i>Tus ojos contemplarán a un rey en su belleza y verán una tierra dilatada</i> » (Is 33,17)	
Sermón 4	
EL MIEDO A LA VENIDA DE CRISTO.....	67
[n. 437 4 de diciembre de 1836]	
« <i>Tus ojos contemplarán al rey en su esplendor, verán el país en toda su extensión</i> » (Is 33,17)	

Sermón 5	
ECUANIMIDAD.....	77
[n. 544 22 de diciembre de 1839]	
«Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (Flp 4,4)	
Sermón 6	
EL RECUERDO DE FAVORES PASADOS	89
[n. 516 22 de septiembre de 1838]	
«Soy indigno de todos los favores y de toda la lealtad que has mostrado con tu siervo» (Gn 32,11)	
Sermón 7	
EL MISTERIO DE LA DIVINIZACIÓN	101
[n. 545 25 de diciembre de 1839]	
«Porque quien santifica y quienes son santificados vienen todos de uno solo; por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos» (Hb 2,11)	
Sermón 8	
EL ESTADO DE INOCENCIA	111
[n. 489 11 de febrero de 1838]	
«Dios hizo al hombre sencillo pero ellos se buscan infinitas complicaciones» (Qo 7,29)	
Sermón 9	
LA EMPATÍA ENTRE LOS CRISTIANOS.....	127
[n. 528 17 de febrero de 1839]	
«Porque es seguro que él no asumió a los ángeles sino al linaje de Abrahán» (Hb 2,16)	
Sermón 10	
LA JUSTIFICACIÓN ESTÁ EN NOSOTROS, PERO NO ES NUESTRA....	137
[n. 547 19 de enero de 1840]	
«De Él os viene que estéis en Cristo Jesús, a quien Dios lo hizo para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención, para que, como está escrito: El que se gloria, que se gloríe en el Señor » (1 Cor 1,30-31)	
Sermón 11	
LA LEY DEL ESPÍRITU	149
[n. 546 12 de enero de 1840]	
«Pues el fin de la Ley es Cristo, para justificación de todo el que cree» (Rm 10,4)	

Sermón 12	
LAS OBRAS NUEVAS DEL EVANGELIO.....	165
[n. 548 26 de enero de 1840]	
«Por tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva criatura, lo viejo pasó, ya ha llegado lo nuevo» (2 Cor 5,17)	
Sermón 13	
EL ESTADO DE SALVACIÓN.....	177
[n. 493 18 de marzo de 1838]	
«Revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme a Dios en justicia y santidad verdaderas» (Ef 4,24)	
Sermón 14	
PECADOS Y DEBILIDADES.....	191
[n. 494 25 de marzo de 1838]	
«Pero mi justo vivirá de fe; y si se volviera atrás, mi alma no se complacerá en él» (Hb 10,38)	
Sermón 15	
PECADOS DE DEBILIDAD.....	203
[n. 495 1 de abril de 1838]	
«La carne tiene deseos contrarios al espíritu, y el espíritu tiene deseos contrarios a la carne, porque ambos se oponen entre sí, de modo que no podéis hacer lo que os gustaría» (Ga 5,17)	
Sermón 16	
SINCERIDAD E HIPOCRESÍA.....	213
[n. 524 16 de diciembre de 1838]	
«Porque al que tiene buena disposición se le acepta lo que tiene, sin importar lo que no tiene» (2 Cor 8,12)	
Sermón 17	
EL TESTIMONIO DE LA CONCIENCIA.....	225
[n. 523 9 de diciembre de 1838]	
«Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia, de que nos hemos comportado en el mundo, y especialmente entre vosotros, con la santidad y sinceridad que vienen de Dios, no con sabiduría carnal sino con la gracia de Dios» (2 Cor 1,12)	
Sermón 18	
MUCHOS SON LOS LLAMADOS, POCOS LOS ESCOGIDOS.....	239
[n. 477 10 de septiembre de 1837]	
«¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos sin duda corren pero uno solo recibe el premio? Corred de tal modo que lo alcancéis» (1 Cor 9,24)	

Sermón 19	
LAS BENDICIONES DE LA VIDA PRESENTE	251
[n. 531 10 de marzo de 1839]	
<i>«He recibido todo y tengo de sobra, estoy colmado» (Flp 4,18)</i>	
Sermón 20	
PADECER ES LO QUE TOCA AL CRISTIANO.....	263
[n. 530 3 de marzo de 1839]	
<i>«Todo recae sobre mí» (Gn 42,36)</i>	
Sermón 21	
EL DOLOR, ESCUELA DE CONSOLACIÓN.....	275
[n. 356 19 de octubre de 1834]	
<i>«Aquel que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros seamos capaces de consolar a los que se encuentran en cualquier tribulación, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios» (2 Cor 1,4)</i>	
Sermón 22	
PENSAR EN DIOS ES LO QUE SOSTIENE AL ALMA	285
[n. 538 9 de junio de 1839]	
<i>«Porque no recibisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor, sino que recibisteis un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ‘¡Abbá, Padre!’» (Rm 8,15)</i>	
Sermón 23	
EL AMOR ES LO ÚNICO NECESARIO	297
[n. 527 10 de febrero de 1839]	
<i>«Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, sería como el bronce que resuena o un golpear de platillos» (1 Cor 13,1)</i>	
Sermón 24	
PODER Y QUERER	309
[n. 549 1 de marzo de 1839]	
<i>«Por lo demás, sed fuertes en el Señor y en la fuerza de su poder» (Ef 6,10)</i>	

Para Nando y para Mar

INTRODUCCIÓN

AL CIELO DE ESPALDAS: *BEATUS ILLE*

Durante los meses previos a la ceremonia de Beatificación de John Henry Newman (Cofton Park, Birmingham; 19 de septiembre de 2010) leímos y escuchamos palabras más o menos improvisadas en la prensa, la radio o las televisiones, de quienes opinaban que Newman no tuvo mayor interés en la santidad o en los santos. Incluso se publicó una biografía, considerable y nada vulgar, en cierto modo precursora de esta sensibilidad, cuyo subtítulo es justamente *El santo que no quería serlo* (*Newman's unquiet grave: the reluctant saint*). No tengo intención, ni autoridad ninguna, para intervenir en este pequeño pleito que pronto quedará olvidado, pero me voy a permitir una pequeña glosa al exiguo texto que se ha traído y llevado como base única de semejante idea. Newman dice de sí mismo, es verdad: «no tengo tendencia a ser santo, triste es decirlo».

Todos deberíamos saber que las palabras, sueltas, significan muy poco. Newman escribió estas palabras en 1850, cuando aún le quedaba, casi literalmente, media vida. Las escribió no en un memorial o en documento formal, sino en una carta privada. Una carta privada dirigida no a uno de sus íntimos sino a una mujer a la que no conocía. Ciertamente que, en ocasiones, Newman hizo a corresponsales femeninos confidencias extraordinariamente claras acerca de sus opiniones en materias doctrinales; no obstante, yo diría que no tanto confidencias de asuntos íntimos o personales, como el de si «quería ser santo» o no.

La carta en cuestión era la respuesta, más bien expeditiva, de Newman a varios asuntos planteados por una señorita, llamada Munro, que estaba considerando su vocación religiosa; entre esos asuntos —para hacer la cosa aún más manoseada— Munro le había enviado a Newman la carta de una tercera «señorita Moore», la cual parece cumplir el estereotipo de la «devota incondicional». Esta señorita Moore afirmaba en su carta —supongo que— a la señorita Munro que Newman era un santo. Newman devuelve a Munro la carta de Moore y, en su respuesta a aquella —qué enredoso, ¿verdad?—, aprovecha para ironizar y desinflar cualquier naciente beatería en torno suyo. La carta íntegra de Newman dice así:

«El Oratorio, Birmingham, 11 de febrero de 1850

Estimada Miss Munro

Si entiendo bien un pasaje de su carta, sencillamente me deja atónito. Eso de que su director espiritual la ha autorizado a hacer un voto de obediencia ¡a él! Dudo que sea legítimo y, por supuesto sin comprometerla a usted en absoluto, voy a hacer indagaciones.

Nos parece lo mejor establecer una comunidad religiosa, si podemos encontrar una; y después la traemos a usted. Así que no la esperamos para la Cuaresma; pero la recordaremos.

Le devuelvo la carta de Miss Moore. Desengañela sobre mí, aunque doy por supuesto que usa la palabra [santo, atribuida a Newman] en sentido general. Como todo el mundo sabe, no tengo nada de santo y es una dura (y saludable) humillación que piensen que está uno a punto de serlo. Puede que yo tenga una elevada opinión de muchas cosas pero es pura consecuencia de mi educación y de una determinada formación intelectual; ahora bien, entre admirar algo y *serlo* personalmente hay un mundo. No tengo tendencia a ser santo, triste es decirlo. Los santos no son gente de letras, no les gustan los clásicos, no escriben novelas. No estoy mal del todo, en lo mío, pero no llego a lo más alto. Y la gente a mi alrededor, la mayoría, me lo notan en seguida. Los que están a distancia le tienen a uno en un concepto impresionante —que impresiona solo a niños. Me contentaré, en el cielo, con limpiarles los zapatos a los santos; a san Felipe, si usa betún.

Siempre suyo con afecto, John H Newman, Cong. Orat».

Lo curioso es que la carta atestigua dos cosas: que Newman tuvo en vida alguna fama de santidad; y que su reacción ante esa fama es de rechazo y de genuina humildad. ¿Qué esperaban los periodistas del siglo XXI? ¿Que Newman fomentara su propia canonización?

Nada más lejos de la realidad que la supuesta indiferencia de Newman por el ideal de la santidad. Toda su vida fue una demostración en contrario. Ya es casualidad, pero el primer sermón del primer volumen de estos *Sermones parroquiales* se titula, precisamente, «La santidad, necesaria para la felicidad eterna» y glosa el texto de la Epístola a los Hebreos (12,14) sobre «la santidad, sin la cual nadie puede ver a Dios». Lo predicó con solo 26 años.

Para más casualidad, resulta que en el último de los incluidos en el presente volumen, «Poder y querer», leemos: «es indudable que las Escrituras nos exhortan una y otra vez a que seamos santos y perfectos, a ser santos e irreprochables a los ojos de Dios, a ser santos como Él es santo, a que guardemos los mandamientos, cumplamos la ley y nos llenemos de frutos de justicia». Y contiene, además, una de esas maravillosas perlas: «Nos da miedo ser demasiado santos».

Algunos paisanos le han tratado ahora como solían hacerlo los protestantes entonces, retorciendo sus palabras. Precisamente de eso se quejaba Newman, en carta feroz de 20 de agosto de 1851, al editor de la *Ari's Birmingham Gazette*, revista donde un clérigo del Establishment había afirmado que «la totalidad de mi vida pública» ha sido «una mentira sin remisión posible». Su atacante había «cortado el comienzo de la primera frase del primer pasaje y luego ha quitado la parte central del segundo. Que haga el favor, si es que puede permitirse jugar limpio, de citar íntegros ambos pasajes y entonces yo me comprometo, no a contestarle a él, sino a dar explicación de esos dos pasajes a los lectores de su periódico, en el caso de que todavía requieran alguna aclaración» (*Suyo con afecto* 164-65).

Es hermoso pensar que estas reticencias, de ahora y de antes, han contribuido a que Newman entre como «de espaldas» en el canon de la Iglesia católica. Estoy aludiendo, con ello, a una de esas maravillosas

intuiciones que saltan de sus sermones parroquiales. Concretamente al titulado «El estado de inocencia», incluido en este volumen cinco, cuando afirma que «we walk to heaven backward», que al cielo se llega caminando de espaldas. Vamos por la vida como siempre, con la monotonía del roce diario con las cosas, buscando la luz y la verdad, pero entre errores constantes. Como siempre. Entonces, a una palabra de Dios, nos daremos la vuelta y —oh, sorpresa—: ¡si estoy en el cielo!

Este y otros veintitrés sermones fueron predicados en su mayoría en los años 1838 (nueve sermones), 1839 (otros nueve) y 1840 (tres sermones). En 1839 tuvo lugar una de las grandes experiencias que Newman *revive* en su *Apologia pro vita sua*, ese clásico de la autobiografía que el 19 de septiembre de 2010 había pasado del puesto 30.000 al 46 en la lista de *best-sellers* de Amazon¹. «La *Long Vacation*, las vacaciones de verano, de 1839 empezaron pronto» (*Apologia* 162) recuerda con nostalgia en el capítulo tercero. Ese verano lo pasó, «solus in Colledge», como escribe a un amigo el 12 de julio de 1839, «si no fuera por los ratones que en este momento me hacen compañía con sus crujidos entre mis papeles y detrás del paño de Arrás» (*Letters and Diaries* 7, 106). Por fin, después de cuatro años intentándolo, logró ponerse a estudiar de nuevo las controversias de la Iglesia primitiva. Y fue, en medio de esas lecturas, «entre el 13 de junio y el 30 de agosto» (*Apologia* 162), concretamente estudiando la controversia monofisita, cuando pensó por primera vez que el Anglicanismo era insostenible. ¿Por qué? Básicamente, porque *vio* que el principio de Catolicidad era superior al de Antigüedad, en el que Newman se

¹ Aclaro, sin embargo, que *Apologia* no debe tomarse como una autobiografía en sentido estricto; no cubre la vida completa del autor, no ofrece una imagen íntegra del personaje. Es, solo, la justificación autobiográfica de un episodio muy importante de la vida de Newman: demostrar su honradez al convertirse a la Iglesia católica polariza absolutamente el relato, pero Newman hizo otras muchas cosas en su larga vida. Los rasgos de carácter necesariamente implicados en la indagación en el pasado —introspección, sensibilidad, emoción, deseo de vindicarse— se abultan, y desfigurán, si no, un retrato equilibrado de su personalidad.

había hecho fuerte desde el comienzo del Movimiento de Oxford. Por primera vez, sintió que se le movía el terreno bajo los pies. Él mismo lo expresó con mayor fuerza visual en *Apologia pro vita sua*. Extracto los dos pasos fundamentales: el primero ocurre cuando andaba absorbido por aquellas cuestiones doctrinales:

«Mi baluarte era la Antigüedad; y he aquí que, en pleno siglo V, me pareció *ver* reflejada la Cristiandad de los siglos XVI y XIX. *Vi* mi rostro en ese espejo: yo era un Monofisita. La Iglesia de la *Via Media* ocupaba el lugar de la Comunión Oriental; Roma estaba donde está ahora; y los protestantes eran los Eutiquianos».

El segundo momento tiene un origen externo. Un amigo le llama la atención sobre unas palabras de san Agustín —«*Securus iudicat orbis terrarum*»— que coinciden providencialmente con el motivo de su alarma. Aquello quería decir que el *Orbis terrarum*, la Catolicidad, decidía «cuestiones eclesiales sobre una base y una regla más sencillas que el criterio de la Antigüedad. Es más, dado que san Agustín era una de las primeras voces de la Antigüedad, la Antigüedad estaba aquí condenándose a sí misma». Poco más abajo, Newman es aún más rotundo y despiadado consigo mismo: «*Securus iudicat orbis terrarum!* Con estas grandes palabras del antiguo Padre, que interpretaban y resumían el largo y accidentado curso de la historia de la Iglesia, la teoría de la *Via Media* había quedado absolutamente pulverizada» (*Apologia* 165-66).

Uno de los únicos dos amigos que recibieron sus confidencias en octubre de 1839 relata así el dramatismo de su situación:

«[Newman] Tenía confianza en que al volver a sus habitaciones [...] encontraría la manera de resolver sus dificultades. Pero dijo: ‘no puedo ocultarme a mí mismo que por primera vez desde que comencé a estudiar la teología se ha abierto ante mí un panorama cuyo final no puedo ver’ [... su amigo] expresó su esperanza de que Mr Newman muriera antes que dar semejante paso. Respondió él, con profunda seriedad, que había pensado pedir a sus amigos, si alguna vez llegaba un momento en

que se sintiera en auténtico peligro, que rezaran para que Dios, si era su voluntad, se lo llevara de este mundo antes que dar el paso» (Mozley 287).

Finalmente, logró calmarse y, en gran medida, superar la crisis. Es notable que, de nuevo, recurra a varias imágenes visuales, que subraya, para retratar los cambios de su estado interior:

«Era claro que, como en la cena del rey Baltasar, yo había *visto* la sombra de una mano en la pared. Pero, a la vez, todavía tenía muchas cosas que aprender en la cuestión de las Iglesias, y tal vez recibiera alguna nueva luz. Quien ha *visto* un fantasma no vuelve a ser nunca el de antes. Los cielos se habían abierto y vuelto a cerrar. Por un momento había tenido la idea de que ‘después de todo, la Iglesia de Roma es quien tiene razón’, para luego desvanecerse. Mis antiguas convicciones continuaban como antes» (*Apologia* 166-67).

¿Qué hacer? «Guiarme no por la imaginación sino por la razón [...] La nueva visión de las cosas sólo podía influirme si poseía una fuerza lógica sobre mí» (*Apologia* 168). El predicador de los sermones de este tomo andaba, pues, inmerso en una especie de dicotomía interior que no traslucía al exterior. Pero no solo estudiar; también confiar en Dios: «Me dije entonces que sólo el tiempo podía resolver la cuestión. Lo mío era seguir como siempre y *obedecer* las convicciones a las que me había entregado desde tiempo atrás, que todavía me poseían y con las que mis nuevas ideas no guardaban relación directa» (*Apologia* 168). Subrayo, por mi cuenta, esa palabra, obedecer, en que Newman, el pastor siempre tan práctico, resume a sus oyentes lo que hay que *hacer* para ser un cristiano. «Si venía de arriba, volvería —confiaba yo—, y volvería con líneas más definidas, con mayor coherencia y firmeza probatoria». Y, cómo no, su amor a la voz de Dios en la Escritura: «Pensé en Samuel antes de que ‘conociera la palabra del Señor’ (1 S 3,7) y se retirara de nuevo a dormir. Ésta era mi visión general del asunto y mi conclusión *prima facie*» (*Apologia* 168). Un ejemplo notable de su estado es que aunque conservaba

fuertes sentimientos antirromanos, «tras el verano de 1839 empecé a sentir una resistencia creciente a hablar contra Roma o sus doctrinas oficiales» (*Apologia* 170).

Pero faltan aún más de seis años y bastantes acontecimientos interiores y exteriores para que esta primera iluminación del verano de 1839 desemboque en su ingreso en la Iglesia Católica en 1845, un 9 de octubre, la fecha en que esa misma Iglesia celebra ahora la fiesta del Beato Newman.

En estos sermones Newman trata temas morales más bien que doctrinales. No obstante, el mensaje fundamental que transmite a sus oyentes contribuye a llevarlos más bien hacia la Iglesia antigua que hacia la Iglesia de Inglaterra, como apunta él mismo en *Apologia* (181). Me parece, además, que su estado interior es quizá responsable de cierta tendencia a la reiteración cautelosa, a la morosidad, a la hora de explicar su posición; y también cierta tendencia a la cita aún más constante de la Escritura, Antiguo y Nuevo Testamento, como si quisiera convencer de forma expeditiva con argumentos de autoridad. En suma, ¿es el tono general menos polémico que otras veces, precisamente porque el predicador se siente próximo a un estado de búsqueda y espera, por muy latente que este sea?

Entre esos temas, como suelo, destacaré unos pocos. Encontramos —uno de sus preferidos— la evocación de los tiempos apostólicos, el tiempo de la persecución y la fe vibrante de los cristianos; esa debería ser la medida del evangelio de hoy, igual de exigente que entonces, y del sacerdocio igual de heroico, no un mero oficio y beneficio que los hombres envidian, al tiempo que lo desprecian por fácilmente hipócrita. El sermón dedicado a «El estado de inocencia», que ya he citado antes, ofrece una original versión del motivo, tan romántico, de la infancia, que Newman equipara al estado de Adán en el paraíso: «al examinar el episodio del Edén, es como si estuviésemos volviendo la vista hacia nuestra infancia. Y al intentar volver a ser niños lo que intentamos es volver a ser como Adán en el momento en que fue creado».

En «Las bendiciones de la vida presente» Newman no se limita a recomendar, contra toda tradición anglicana, la práctica de las penitencias cuaresmales, cosa que ya había hecho antes; ahora, habla también de las cosas buenas de la tierra: la comida, ¡el sueño!, los amigos. Se diría que Newman, muerto Froude, ausente Keble y con Pusey un poco en babia, se sentía un poco solo, y se pone maravillosamente autobiográfico, hablando de sus madrugones para comulgar. El cierre de los sermones, con gran frecuencia, resulta emocionante, solemne, grandioso.

«El amor es lo único necesario» contiene una invectiva, que suena de lo más actual, contra los que odian la religión *tout court*; o bien, nos descubre que se trata de un achaque poco novedoso. Piensan algunos «que la religión no tiene otro fin que estorbar nuestros placeres de forma irracional y sin el menor sentido [...] un sistema basado en el temor [...] En otras palabras, la religión es antinatural». Pero el temor «es la religión de los hijos de este mundo que, si fuera posible, servirían a Dios y a Mammón. La verdadera religión consiste en amor y temor; ellos, en cambio, dan a Dios su temor y su amor a Mammón». Haríamos bien en meditar con frecuencia el sermón dedicado a «Sinceridad e hipocresía» (n. 16) y su pareja, «El testimonio de la conciencia» (n. 17). En ellos responde Newman nada menos que a este punto: en qué consiste realmente ser cristiano. Y lo hace así: en poseer «un sentimiento dominante de la presencia de Dios [...] en] vivir con el pensamiento de que Él está presente en él; presente no externamente, no en la naturaleza nada más, o en la Providencia, sino en lo más íntimo de su corazón, en su conciencia. [Su] conciencia está iluminada por Dios de manera que habitualmente es consciente de que todos sus pensamientos, los primeros impulsos de su vida moral, todas sus motivaciones y deseos, están abiertos al Dios Todopoderoso».

Una vez más reproduzco advertencias ya incluidas en la introducción a los volúmenes anteriores. Si toda traducción implica un trasvase cultural más que lingüístico, en nuestro caso conviene no olvidar que la lengua de partida es un lenguaje religioso, perteneciente a la

tradición anglicana, de la primera mitad del siglo XIX; y la de llegada es otro lenguaje religioso, propio de una tradición católica que habla al siglo XXI. Palabras y sintagmas presentan problemas que no siempre admiten una misma solución, y que son muy capaces de envarar la versión castellana. La sintaxis suele responder a una arquitectura sencilla y parroquial que trasparenta un discurso hablado, y que generalmente no es complicada, aunque sí un tanto torrencial. Abundan las enumeraciones paratácticas, las tiradas, muchas veces de creciente intensidad, con una puntuación algo rota y extraña, llena de conjunciones copulativas y de unos guiones que Newman emplea con funciones variadas. Espero que el lector no se extrañe ante las huellas escritas del registro oral —quizá puede probar a leer los sermones en voz alta; saldrán ganando.

En cuanto a los textos de la Escritura, mantengo el criterio de sustituir los textos de la Biblia anglicana que Newman empleaba (la *King James Version* o *Authorised Version* de 1611) por la versión española de la Biblia que publicó la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (*Sagrada Biblia*. Traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. 5 vols. Pamplona: Eunsa, 1997-2005) y que está disponible también en un solo volumen (*Biblia de Navarra: edición popular*. Pamplona-Woodridge (Illinois): Eunsa-Midwest Theological Forum, 2008). Pretendo así dar prioridad a la actualidad del texto sagrado y ser coherente con el objetivo último de esta traducción de los *Parochial and Plain Sermons*, que no es un proyecto erudito, académico o estrictamente teológico, aunque desde luego sí quiere ser riguroso al máximo en su versión del texto newmaniano. Sin embargo, cuando el texto bíblico inglés ha parecido de algún relieve, lo mantengo sin advertirlo y realizando las leves adaptaciones gramaticales necesarias, que exigen el contexto gramatical o el razonamiento doctrinal del predicador. Las abreviaturas de los distintos libros bíblicos proceden también de la Biblia de Navarra.

En este ámbito del lenguaje religioso, tiendo a emplear mayúsculas en «Evangelio» cuando equivale a ‘Nuevo Testamento’ y minúsculas

cuando equivale más bien a ‘relatos evangélicos’, aunque el criterio puede no ser del todo estable. En determinados momentos el énfasis me lleva a escribir Regeneración, Apóstol, Bautismo o Misericordia. Los demostrativos con mayúscula referidos a Dios, como «Su», resultan sumamente útiles con sentido diacrítico en castellano, idioma bastante impreciso en esto, donde un demostrativo mal colocado o ausente puede marear a los lectores en busca del sujeto gramatical; justo al contrario que el inglés. Pero cuando no hay necesidad de precisar, el pronombre va en minúscula aunque se refiera a Dios —con excepción de «Él».

Los números que figuran en cada encabezamiento, así como las fechas de predicación, proceden de *Sermons 1824-1843*, los sermones inéditos que preparó Placid Murray (vol. 1. Oxford: Clarendon Press, 1991, 353-72) y corresponden a la numeración integral de los sermones, hecha por el propio Newman.

Al igual que en el resto de los volúmenes, superviso y regularizo en cuanto a estilo todos los textos. En cada sermón, no obstante, consta el responsable de la versión castellana.

Víctor García Ruiz

Invierno de 2010

OBRAS CITADAS

Cornwell, John, *Newman's unquiet grave: the reluctant saint*. Continuum, Londres 2010.

Mozley, Anne, ed., *Letters and correspondence of John Henry Newman during his life in the English Church. With a brief autobiography*. Vol. 2. Longmans, Green, & Co., Londres 1891.

Newman, John Henry, *Suyo con afecto: autobiografía epistolar*. Edición, traducción y notas de Víctor García Ruiz, Encuentro, Madrid 2002.

Newman, John Henry, *Apologia pro vita sua*. Edición, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales, 2.^a ed. Encuentro, Madrid 2010.

The Letters and Diaries of John Henry Newman, 32 vols., Nelson-Oxford University Press, London-Oxford-New York 1961-2008.

TABLA DE ABREVIATURAS

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Ba	Baruc
1 Cor	Primera Carta a los Corintios
2 Cor	Segunda Carta a los Corintios
Col	Carta a los Colosenses
1 Cro	Libro 1 de las Crónicas
2 Cro	Libro 2 de las Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Carta a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Flm	Carta a Filemón
Flp	Carta a los Filipenses
Ga	Carta a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc

Hb	Carta a los Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jn	Evangelio según san Juan
1 Jn	Primera Carta de san Juan
2 Jn	Segunda Carta de san Juan
3 Jn	Tercera Carta de san Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Carta de san Judas
Lc	Evangelio según san Lucas
Lm	Libro de las Lamentaciones
Lv	Levítico
1 M	Libro Primero de los Macabeos
2 M	Libro Segundo de los Macabeos
Mc	Evangelio según san Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Evangelio según san Mateo
Na	Nahum
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 P	Primera Carta de san Pedro
2 P	Segunda Carta de san Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Libro de Qohélet (Eclesiastés)
1 R	Libro Primero de los Reyes

2 R	Libro Segundo de los Reyes
Rm	Carta a los Romanos
Rt	Rut
1 S	Libro Primero de Samuel
2 S	Libro Segundo de Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Libro de Ben Sirac (Eclesiástico)
So	Sofonías
St	Carta de Santiago
Tb	Tobías
1 Tm	Primera Carta a Timoteo
2 Tm	Segunda Carta a Timoteo
1 Ts	Primera Carta a los Tesalonicenses
2 Ts	Segunda Carta a los Tesalonicenses
Tt	Tito
Za	Zacarías

SERMONES PARROQUIALES / 5

(PAROCHIAL AND PLAIN SERMONS)

por John Henry Newman, B. D.

vicario que fue de la iglesia de Santa María, en Oxford

en ocho volúmenes

volumen V

reimpresión

Longmans, Green y compañía

39 Paternoster row, Londres

Nueva York, Bombay y Calcuta

1907

A

Joshua Watson, caballero, doctor en derecho
benefactor de todos sus hermanos,
por su prolongada y respetuosa dedicación,
por su paciencia en el servicio
a la madre común, suya y de sus hermanos,
se le dedica este volumen,
en la esperanza de que no le desagradará
una ofrenda no autorizada
de respeto y gratitud
este volumen
21 de octubre de 1840¹²

¹ Joshua Watson (1771-1855) fue un laico muy activo de la High Church, intensamente involucrado en actividades de filantropía como la «Falange de Hackney» que luchaba contra la pobreza en esa localidad al norte de Londres, y en otras directamente religiosas y eclesiásticas, como la adquisición en 1811 del *British Critic* para hacer de esa revista el órgano de la High Church; la fundación en 1828 de King's College en Londres (respuesta al establecimiento de University College, primera universidad no confesional) o la Church Building Society. En 1820, la Universidad de Oxford le hizo doctor *honoris causa* en Common Law (D.C.L.). En cierto modo, Watson fue un precursor del Tractarianismo o un vínculo entre la Alta Iglesia anterior y la posterior al Movimiento de Oxford. Siempre admiró a Newman y sus sermones, que leía de forma sistemática, aunque mantuvo sus reservas acerca del Movimiento en su conjunto. En 1839, época de predicación de muchos de los sermones de este tomo quinto, Newman era el director del *British Critic*. B. D.: Bachelor of Divinity, 'licenciado en teología'.

SERMÓN 1

EL CULTO NOS PREPARA PARA LA VENIDA DE CRISTO¹

[n. 522 | 2 de diciembre de 1838]

«Tus ojos contemplarán al rey en su esplendor, verán
el país en toda su extensión» (Is 33,17) *Adviento*

Los años, a medida que van pasando, nos traen las mismas advertencias, una y otra vez, y quizá ninguna más impresionante que la que nos llega en este tiempo. El frío mismo y la escarcha, la lluvia y la oscuridad que caen ahora sobre nosotros anticipan los tristes días finales de este mundo, y hacen pensar en ellos a las gentes religiosas. El año está agotado: primavera, verano, otoño, cada uno en su momento, fueron trayéndonos sus dones y dando de sí al máximo; pero ya no pueden más y el final está cerca. Todo pasó y es ido, todo se agota, se apura; nos hartamos de lo pasado, no alargáramos las estaciones, y el austero tiempo que las sigue, aunque desagradable para el cuerpo, entona bien con lo que sentimos, y lo aceptamos de buen grado. Tal es el estado interior que mejor corresponde al final del año, y ese es el estado interior que experimentan tanto los buenos como los malos al final de la vida. Han llegado los días en que ya no encuentran gusto en nada, y difícilmente desearían volver a ser jóvenes, aunque pudieran. La vida está bien, tal como es, pero no les llena. Así, el alma

¹ Traducción de Víctor García Ruiz.

se ve lanzada hacia lo porvenir y en la medida en que su conciencia es clara y su percepción aguda y verdadera, se regocija en que «la noche está avanzada, el día está cerca» (Rm 13,12), y aunque estos se acabarán, vendrán «un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21,1); es más, perciben que, precisamente porque estos se acaban, pronto «contemplantarán al rey en su esplendor» y «verán el país en toda su extensión» (Is 33,17). Estas son reflexiones propias de gente santa durante el invierno, gente entrada en años que, quizá algo abatida pero en el fondo llena de consuelo, aguarda la venida de Cristo con calma aunque con seriedad.

Esos son también los sentimientos con que nos presentamos ante Él en la oración día tras día. La estación del año es fría y oscura, el aire de la mañana es húmedo y son escasos quienes vienen a la iglesia, pero todo eso viene bien a quienes quieren ser penitentes y sentirse en duelo, vigilar y estar en camino. Aman más esa soledad, encuentran más alegre esa severidad, y más brillante esa oscuridad, que todos esos apoyos y ese aparato excesivo con que la gente intenta hoy hacer menos desagradable la oración. Las personas con verdadera fe no sienten codicia por las comodidades. Solo se quejan cuando se les impide arrodillarse, cuando se les sienta en cojines mullidos, cuando se los protege entre cortinas, y se los rodea con la tibieza de una calefacción. Lo único que les apura es que les corten el paso o que los pongan en ridículo cuando se presenten como pecadores ante su Juez. Los que son conscientes de ese Día terrible en que verán cara a cara al Dios cuyos ojos son como la llama del fuego, se preocupan tan poco de rezar con comodidad ahora como se preocuparán de semejante cosa entonces.

Pasa un año, y luego otro, y las mismas advertencias vuelven de nuevo. Las heladas, la lluvia, reaparecen. A la tierra la despojan de su brillantez; nada queda en que la vista pueda explayarse. Entonces, en medio de esa desolación de la tierra y del cielo, regresan las palabras tan bien conocidas; leemos al profeta Isaías, el mismo evangelio y la misma epístola que nos mandan «despertar del sueño» y

dar la bienvenida al que «viene en el nombre del Señor», las mismas Colectas suplicándole que nos prepare para el día del Juicio. ¡Benditos los que obedecen esas voces y buscan a Aquel a quien no han visto porque «han deseado con amor su venida» (2 Tm 4,8).

En este tiempo no caben reflexiones más adecuadas que las que acabo de proponer. Cuál sea el destino de otros seres es cosa que ignoramos, pero lo que sí sabemos es lo que nos cabe esperar: que ante nosotros se extiende un tiempo en el que veremos a nuestro Hacedor y Señor cara a cara. No sabemos lo que está reservado a las demás criaturas. Puede que algunos, al no tener conocimiento de su Creador, nunca sean llevados a Su presencia. Este puede ser el caso de los animales. La ley de su naturaleza puede ser vivir y morir, o vivir de forma indefinida, como en los aledaños de Su gobierno, sostenidos por Él pero sin conocerle o sin poder acercarse a Él. Pero nuestro caso es diferente. Nuestro destino es llegar ante Él, y llegar ante Él para que nos juzgue; además eso ocurrirá en nuestro primer encuentro; y de repente. No se nos va a premiar o castigar simplemente; se nos va a juzgar. Nuestras acciones recibirán recompensa no por una aplicación más o menos mecánica del ser de las cosas, como sucede actualmente, sino por parte del mismísimo Autor de la Ley en persona. Compareceremos ante su Justa Presencia, uno por uno. Uno por uno tendremos que sostener su mirada santa y escrutadora. Ahora vivimos en un mundo de sombras. Lo que vemos no es lo sustancial. De repente un día ese mundo se partirá en dos, se desvanecerá, y aparecerá nuestro Hacedor. Y esa aparición primera supondrá una relación personal entre el Creador y cada criatura. Él nos mirará y nosotros le miraremos.

Para probarlo, no hace falta citar los muchos pasajes de la Escritura que nos lo dicen, pero si lo hacemos, podremos grabar esa verdad en nuestros corazones. Expresamente se dice que buenos y malos verán a Dios. Así, el santo Job dice «después de que mi piel se haya destruido, desde mi carne veré a Dios. Yo lo veré por mí mismo, mis ojos lo contemplarán y no otro» (Jb 19,26-27). Y el malvado Balaam,

por contra: «lo veré, pero no ahora; lo divisaré, pero no de cerca: de Jacob viene en camino una estrella, en Israel se ha levantado un cetro» (Nm 24,17). Cristo dice a sus discípulos: «erguíos y levantad la cabeza porque se aproxima vuestra redención» (Lc 21,28); y a sus enemigos: «veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo» (Mc 14,62). Y aplicado a todos los hombres, dice la Escritura: «mirad, viene rodeado de nubes y todos los ojos le verán, incluso los que le traspasaron, y se lamentarán por él todas las tribus de la tierra» (Ap 1,7). Pero también: «cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es» (1 Jn 3,2). Y «ahora vemos como en un espejo, borrosamente; entonces veremos cara a cara» (1 Cor 13,12). Y: «verán su rostro y llevarán su nombre grabado en la frente» (Ap 22,4).

Al igual que ellos lo ven a Él, Él los verá a ellos porque Él vendrá para juzgarlos. «Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo» (2 Cor 5,10) dice san Pablo. Y en otro lugar: «todos compareceremos ante el tribunal de Dios. Porque está escrito: ‘Vivo yo, dice el Señor, ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios’. Así pues, cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios» (Rm 14,10-12). Y también: «cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria y acompañado de todos los ángeles, se sentará entonces en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las gentes; y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos» (Mt 25,31-32).

Así será nuestro primer encuentro con Dios, tan repentino como íntimo. «Vosotros mismos sabéis muy bien que el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche. Así pues, cuando clamen: ‘Paz y seguridad’, entonces, de repente, se precipitará sobre ellos la ruina» (1 Ts 5,2-3). Esto se dice de los condenados; en otro pasaje se dice que Él sorprenderá a todos, buenos y malos: «Como tardaba en venir el esposo, les entró sueño a todas —las necias y las prudentes— y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: ‘¡Ya está aquí el esposo! ¡Salid a su encuentro!’» (Mt 25, 5-6).

Sermones parroquiales / 5

Los veinticuatro sermones de este quinto volumen de los *Sermones parroquiales* fueron predicados en su mayoría en los años 1838-1840. Este periodo coincide plenamente con las primeras experiencias que acabaron conduciendo a Newman a la Iglesia católica. En efecto, el estudio de las controversias de la Iglesia primitiva, en el verano de 1839, le hicieron concebir, si bien aún no aceptar plenamente, la idea de que el Anglicanismo era insostenible. El predicador de los sermones de este tomo andaba, pues, inmerso en una especie de dicotomía interior que no traslucía al exterior. Los temas de estos sermones son más bien morales que doctrinales, y el mensaje fundamental que transmite a sus oyentes contribuye a llevarlos más bien hacia la Iglesia antigua que hacia la Iglesia de Inglaterra. El tono general es probablemente menos polémico que otras veces, precisamente porque el predicador se siente próximo a un estado de búsqueda y espera.

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Depósito Legal: M-10989-2026



Universidad
Pontificia
de Salamanca



ISBN: 978-84-1339-281-3



9 788413 392813